

CAPÍTULO VIII
BRIBRI Y MA BICHE

¿Y las esposas? Las esposas viven en la prosperidad, como ya fue dicho. A propósito: ¿por qué escribo esposas en lugar de mujeres?, se preguntarán ustedes. Estilo grandilocuente, señores, ésa es la razón. El burgués, cuando habla en estilo grandilocuente, siempre dice *mon épouse*. Y aunque en otros estamentos de la sociedad digan sin más, como en todas partes, *ma femme*, es decir, «mi mujer», es mejor atenerse al espíritu nacional de la mayoría y al estilo elevado. Es más característico. Además, existen otros nombres. Cuando el burgués se conmueve o quiere engañar a la mujer, siempre la llama *ma biche*.⁶² Y a la inversa, la amorosa mujer, en juguetón y gracioso arrebató, llama a su querido burgués *bribri*,⁶³ de lo cual el burgués, por su parte, queda muy satisfecho. Los *bribri* y las *ma biche* florecen constantemente, y ahora más que nunca. Además, está muy convenido (y casi sin discusión) que las *ma biche* y los *bribri* deben servir, en nuestros tiempos atareados, como modelo de virtud, armonía y paradisiaco estado de la sociedad, en reproche a los abominables desvaríos de esos absurdos vagabundos comunistas; asimismo, *bribri*, de año en año, se vuelve cada vez más complaciente en la relación conyugal. Comprende que

62. «Mi bichito», en francés en el original.

63. «Pichón», en francés en el original.

diga lo que diga y haga lo que haga, a *ma biche* es imposible retenerla, que la parisina fue creada para tener un amante, que el marido casi no puede arreglárselas sin el peinado, y él calla, desde luego, mientras aún ha acumulado poco dinero y reunido pocos objetos. Cuando lo uno y lo otro se cumple, *bribri* se vuelve en general más exigente, porque comienza a respetarse terriblemente a sí mismo. Bueno, aquí empieza ya a mirar a Gustave con otros ojos, sobre todo si éste, además, es un harapiento y no tiene muchos objetos. En general, el parisino con un poco de dinerito, cuando desea casarse, elige también a una novia con dinerito. Más aún: hacen las cuentas previamente, y si resulta que los francos y los objetos de una y otra parte son idénticos, entonces se unen. Eso sucede en todas partes, pero aquí ha pasado a ser una costumbre especial la ley de la igualdad de bolsillos. Si, por ejemplo, la novia posee aunque sólo fuera una kopeika más, ya no se la entregan al pretendiente que posee menos, sino que buscan a un *bribri* mejor. Además, los matrimonios por amor se vuelven cada vez más imposibles y se consideran casi indecorosos. Esa sensata costumbre de la indispensable igualdad de bolsillos y de la boda de capitales se viola muy rara vez; creo que mucho menos que en cualquier otro sitio. La posesión del dinero de su mujer sabe muy bien el burgués arreglarla en su favor. Por eso es que está dispuesto en muchos casos a hacer la vista gorda a las aventuras de su *ma biche* y no notar otras cosas enojosas, puesto que entonces, es decir, en caso de desavenencia, puede plantearse la desagradable cuestión de la dote. Además, si *ma biche* se viste por encima de sus posibilidades, *bribri*, aunque todo lo note, se resigna para sus adentros: le pedirá menos a él por los vestidos. *Ma biche* entonces es mucho más complaciente. Por último, como el matrimonio es en su mayor parte una boda de capitales y del mutuo cariño se ocupan muy poco, *bribri* tampoco se opone a mirar más

allá de su *ma biche*. Por eso lo mejor es no molestarle entre sí. Así hay más armonía en la casa, y el dulce balbuceo de dulces nombres, *bribri* y *ma biche*, se oye entre los cónyuges cada vez con mayor frecuencia. Y por último, para decirlo todo, *bribri* en ese caso también sabe protegerse a las mil maravillas. El comisario de policía está en todo momento a su servicio. Y en virtud de leyes que él mismo se ha creado. En caso extremo, si encuentra a los amantes *en flagrant délit*,⁶⁴ puede matarlos a los dos y no responder por ello. *Ma biche* eso lo sabe y de tanto en tanto ella misma lo elogia. La prolongada tutela ha llevado a que *ma biche* no chiste ni sueñe, como ocurre en algunas tierras bárbaras y ridículas, con estudiar, por ejemplo, en universidades o ser miembro de clubes o del Parlamento. Prefiere quedarse en su actual estado etéreo y, por decirlo así, canariesco. La engalanan, la enguantan, la llevan a pasear; ella baila, come bombones, en lo exterior la tratan como a una zarina, y el hombre, en lo exterior, cae rendido a sus pies. Esa forma de relaciones ha sido elaborada de un modo asombrosamente exitoso y decoroso. En una palabra, las relaciones caballerescas quedan servidas, ¿qué más se puede pedir? Porque a su Gustave no se lo quitan. Ella tampoco necesita algún fin virtuoso o elevado en la vida, etc., etc.: en el fondo, es tan capitalista y agarrada como el cónyuge. Cuando pasan los años canariescos, es decir, cuando la cosa llega al punto en que ya no hay forma de seguir engañándose y considerarse un canario; cuando la posibilidad de un nuevo Gustave se convierte ya en un decidido absurdo, aun para la imaginación más fogosa y llena de amor propio, entonces *ma biche* se regenera de un modo rápido y ruin. ¡Adónde van a parar la coquetería, los vestidos, el espíritu juguetón! La mayoría de las veces se vuelve mala, ama de casa. Va a las iglesias, aho-

64. «En flagrante delito», en francés en el original.

rra dinero con el marido y cierto cinismo asoma de pronto por todas partes: de pronto aparecen el cansancio, el enfado, los instintos groseros, la falta de finalidad de la existencia, la conversación cínica. Algunas hasta se vuelven desaliñadas. Desde luego, no siempre es así; desde luego, hay también otros fenómenos más radiantes; desde luego, en todas partes existen las mismas relaciones sociales, pero... allí todo ello está más en su propio terreno, es más original, más genuino, más pleno, allí todo ello es más nacional. Allí está el manantial y el germen de esas formas sociales burguesas que reinan ahora en todo el mundo a modo de eterna imitación de esa gran nación.

Sí, en lo exterior *ma biche* es una zarina. Incluso es difícil figurarse qué refinada cortesía, qué insistente atención la rodea por doquier en la sociedad y en la calle. Una subtilidad⁶⁵ asombrosa; a veces alcanza tal *manilóvshina*⁶⁶ que algunas almas honradas no podrían soportarlo. Esa manifiesta y falsa picardía la ofendería en lo más profundo. Pero *ma biche* es la pícara más grande, y... eso es todo lo que necesita. Siempre se saldrá con la suya y siempre preferirá valerse de astucias antes que ir honrada y derecha: eso es más seguro en su opinión, y el juego es más grande. Porque el juego, la intriga, en ello reside todo para *ma biche*; en ello está lo principal. En cambio ¡cómo visten, cómo andan por la calle! *Ma biche* es amanerada, afectada, toda artificiosa, pero eso mismo cautiva, sobre todo a las personas saciadas y en parte corrompidas que han perdido el gusto por la belleza fresca y natural. *Ma biche* está muy mal educada; su mentecita y su corazoncito son los de un pájaro, pero en cambio tiene gracia, en cambio posee innumerables secretos de tales trucos y enredos que uno se somete y la sigue como a una noticia

65. Véase nota 15.

66. Beatitud de Manilov, personaje de *Almas muertas* de Nikolái Gógol.

picante. Hasta rara vez es bonita. Hay incluso algo malo en su rostro. Pero no importa: su rostro es vivaz, juguetón y posee en alto grado el secreto de fingir sentimientos, naturalidad. A uno quizás le gusta en ella no precisamente esa falsedad con la que alcanza la naturalidad, sino que lo que a uno le fascina, y le fascina con maestría, es el propio proceso por el que la alcanza. Al parisino, en su mayor parte, le da lo mismo amor verdadero que amor bien fingido. Hasta puede que le guste más el simulacro. Una mirada oriental sobre la mujer se manifiesta cada vez más en París. Camelia está cada vez más de moda. «Toma mi dinero, pero engáñame bien, es decir, finge amor», eso es lo que se les pide a las camelias. No mucho más es lo que piden a las esposas; por lo menos se contentan con eso, de ahí que en silencio y con indulgencia consientan a Gustave. Además, el burgués sabe que *ma biche*, al llegar a la vejez, se aferrará por entero a sus intereses y lo ayudará con el mayor celo a ahorrar dinero. Ya en la juventud le presta una gran ayuda. A veces es ella la que lleva todo el negocio y engatusa a los compradores; en una palabra, es su mano derecha, el principal empleado. ¿Cómo no perdonarle en tal caso que tenga un Gustave? En la calle la mujer es intocable. Nadie la ofenderá, todos le abrirán paso, no como en nuestro país, donde una mujer poco menos que vieja no puede dar dos pasos por la calle sin que una fisonomía belicosa o depravada la mire por debajo del sombrero y le proponga trabar amistad.

Por lo demás, a pesar de la posibilidad de Gustave, la forma cotidiana y ritual de las relaciones entre *bribri* y *ma biche* es bastante agradable y a menudo hasta ingenua. En general, los extranjeros —eso me saltó a los ojos— son casi todos incomparablemente más ingenuos que los rusos. Es difícil explicar esto en detalle; debe notarlo uno mismo. *Le russe est*

sceptique et moqueur,⁶⁷ dicen de nosotros los franceses, y así es. Somos más cínicos, valoramos menos lo nuestro, incluso no lo amamos; por lo menos, no lo respetamos en exceso si no entendemos de qué se trata; nos metemos en los intereses europeos y universales sin pertenecer a ninguna nación, y por eso, obviamente, tratamos todo con mayor frialdad, como por obligación, y en cualquier caso de un modo más abstracto. Por lo demás, me he ido de tema. *Bribri* a veces es la mar de ingenuo. Paseando, por ejemplo, alrededor de las fuentecitas, se pone a explicarle a su *ma biche* por qué las fuentes salen hacia arriba, le explica las leyes de la naturaleza, se enorgullece nacionalmente ante ella de la belleza del bosque de Boulogne, de la iluminación, del centelleo de *les grandes eaux*⁶⁸ de Versalles, de los éxitos del emperador Napoleón y de la *gloire militaire*, disfruta su curiosidad y gozo y queda muy satisfecho de ello. *Ma biche*, la pícara más grande, también trata con bastante ternura al cónyuge, es decir, no con falsedad, sino con una ternura desinteresada, a pesar del peinado de él. Desde luego, no pretendo, como el diablo de Lesage,⁶⁹ levantar los techos de las casas. Sólo relato lo que saltó a mis ojos, lo que me pareció. *Mon mari n'a pas encore vu la mer*,⁷⁰ les dice otra *ma biche*, y su voz finge sincera, ingenua condolencia. Eso significa que su marido aún no ha viajado a Brest o a Boulogne a ver el mar. Ha de saberse que el burgués tiene ciertas necesidades ingenuísimas y serísimas que casi se han convertido en un hábito burgués general. El burgués, por ejemplo, además de la necesidad de ahorrar y de la necesidad de elocuencia, tiene dos necesidades más, dos necesidades muy legítimas

67. «El ruso es escéptico y burlón», en francés en el original.

68. «Las grandes fuentes», en francés en el original.

69. Referencia a Asmodeo, protagonista de la novela *El diablo cojuelo* (1707) de Alain-René Lesage.

70. «Mi marido aún no ha visto el mar», en francés en el original.

consagradas por la general costumbre y que él toma con extraordinaria seriedad, casi con patetismo. La primera necesidad es *voir la mer*, ver el mar. El parisino, a veces, vive y comercia en París toda su vida y no ve el mar. ¿Para qué quiere ver el mar? Ni él mismo lo sabe, pero lo desea con fervor, con todo su ser, posterga el viaje de un año para el otro porque a menudo lo retienen los negocios, se acongoja, y la esposa comparte sinceramente su congoja. En general hay en ello mucho sentimiento, y yo lo respeto. Por fin, logra encontrar tiempo y recursos; se prepara y viaja por unos días a «ver el mar». Al regresar, cuenta con altisonancia y entusiasmo sus impresiones a la esposa, a los parientes, a los amigos, y toda su vida recuerda con dulzura que ha visto el mar. La otra necesidad legítima y no menos intensa del burgués, sobre todo del burgués parisino, es *se rouler dans l'herbe*.⁷¹ Sucede que el parisino, cuando sale de la ciudad, ama con locura, y hasta lo considera un deber, revolcarse en la hierba; cumple ello hasta con dignidad, sintiendo que se une así *avec la nature*,⁷² y más le gusta aún si en ese momento alguien lo está mirando. En general, el parisino, fuera de la ciudad, considera su deber inmediato conducirse con más desenfado, más vivacidad e incluso más gallardía; en una palabra, parecer un hombre más natural, más cercano a *la nature*. *L'homme de la nature et de la vérité!* ¿No ha sido acaso a partir de Jean-Jacques cuando el burgués ha manifestado ese vivo respeto a *la nature*? Por lo demás, esas dos necesidades —*voir la mer* y *se rouler dans l'herbe*— el parisino se las permite por lo general solo cuando ya ha acumulado una suma; en una palabra, cuando comienza a respetarse a sí mismo, se enorgullece de su persona y se tiene por un hombre. *Se rouler dans l'herbe* es incluso dos,

71. «Revolcarse en la hierba», en francés en el original.

72. «Con la naturaleza», en francés en el original.

diez veces más dulce cuando ocurre en el propio terreno, comprado con su dinero, fruto de su trabajo. En general el burgués, cuando se aleja de sus negocios, gusta de comprar un terreno en algún sitio, construir su propia casa, su jardín, su valla, tener sus gallinas, su vaca. Y aunque todo ello se dé en la dimensión más microscópica, no importa, el burgués es presa del entusiasmo más infantil y conmovedor: *Mon arbre, mon mur*,⁷³ repite para sus adentros y a cuantos invita a su casa, y después no dejará ya de repetirlo a cada instante a lo largo de su vida. Así es como resulta más dulce *se rouler dans l'herbe*. Para cumplir con esa obligación, sin falta se manda hacer un pradejón delante de la casa. Alguien contaba que a un burgués no le crecía la hierba en el sitio destinado a la praderita. Él cultivaba, regaba, trasplantaba césped: nada salía ni prendía en la arena. El sitio en cuestión se encontraba delante de la casa. Entonces compró césped artificial; viajó especialmente a París, compró allí un círculo de hierba de cuatro metros de diámetro, y todos los días, después del almuerzo, extendía esa alfombrita de largo césped para al menos engañarse a sí mismo y saciar su legítima necesidad y revolcarse en la hierba. Del burgués puede esperarse tal estado de éxtasis en los primeros momentos de adquisición de su propiedad que moralmente la anécdota no tiene nada de inverosímil.

Pero dos palabras también sobre Gustave. Gustave, por supuesto, es lo mismo que el burgués, es decir, empleado, mercader, funcionario, *homme de lettres*, oficial. Gustave es otro *bribri*, sólo que soltero. Pero el asunto no radica en eso, sino en cómo viste y se acicala ahora Gustave, qué aspecto tiene ahora, qué plumas lleva ahora. El ideal de Gustave cambia según las épocas y siempre se refleja en el teatro con la misma apariencia con que se lo ve en la sociedad.

73. «Mi árbol, mi pared», en francés en el original.

Al burgués le gusta en particular el vodevil, pero más aún le gusta el melodrama. El modesto y alegre vodevil —la única obra de arte que casi no se puede trasplantar a ningún otro terreno y que sólo puede vivir en su sitio de origen, en París—, el vodevil, si bien cautiva al burgués, no lo satisface del todo. El burgués, pese a todo, lo considera una tontería. Él necesita una nobleza sublime, inefable, necesita sentimentalismo, y el melodrama contiene todas esas cosas. Sin melodrama el parisino no puede vivir. El melodrama no morirá mientras viva el burgués. Es curioso que ahora hasta el propio vodevil se esté regenerando. Sigue siendo alegre e hilarantemente gracioso, pero ahora ya empieza a mezclarse en él otro elemento: la moraleja. El burgués ahora ama con locura y considera un asunto de lo más sagrado y necesario sermonearse a sí mismo e incluso a su *ma biche* en cualquier ocasión propicia. Además, ahora el burgués reina sin límites, él es el poder, y los escritorzuelos de vodeviles y melodramas siempre son lacayos y siempre lisonjean el poder. Por eso el burgués ahora triunfa, aun cuando lo representan de un modo ridículo, y al final siempre le demuestran que todo marcha bien. Cabe pensar que tales demostraciones tranquilizan en serio al burgués. Todo hombre apocado, no del todo seguro del éxito de su empresa, siente la penosa necesidad de persuadirse a sí mismo, de darse ánimos, de tranquilizarse. Empieza incluso a creer en señales favorables. Lo mismo sucede aquí. En el melodrama se presentan rasgos elevados y lecciones elevadas. En ella ya no hay humor, sino el patético triunfo de todo aquello que tanto ama *bribri* y que tanto le gusta. Lo que más le gusta es la tranquilidad política y el derecho a ahorrar dinero con el fin de arreglarse una madriguera más tranquila. En ese espíritu se escriben hoy los melodramas. En ese mismo espíritu aparece ahora Gustave. Por medio de Gustave siempre se puede verificar todo lo que en la hora actual *bribri* toma por ideal

de inefable nobleza. Antes, hace mucho, Gustave aparecía como poeta, artista, un genio no reconocido, acosado y atormentado por persecuciones e injusticias. Luchaba dignamente, y todo terminaba siempre en que una vizcondesa que en secreto sufría por él, pero a la cual él trataba con despectiva indiferencia, lo casaba con su pupila Cécile, que no tenía una kopeika, pero que de pronto resultaba dueña de una inmensa fortuna. Gustave solía rebelarse y rechazar el dinero. Pero he aquí que en una exposición su cuadro obtuvo gran éxito. En su apartamento irrumpen enseguida tres ridículos milores y le ofrecen cien mil francos por su futuro lienzo. Gustave se burla despectivamente de ellos y, presa de una amarga desesperación, declara que todas las personas son canallas, indignas de su pincel, que no expondrá el arte, el sagrado arte, a la profanación de esos pigmeos que hasta entonces no han apreciado su grandeza. Pero irrumpe la vizcondesa y anuncia que Cécile muere de amor por él y que por eso debe pintar cuadros. Ahí Gustave cae en la cuenta de que la vizcondesa, antigua enemiga suya, por culpa de la cual ninguna de sus obras era exhibida en la exposición, lo ama en secreto; de que se vengaba de él por celos. Desde luego, Gustave acepta enseguida el dinero de los tres milores, no sin antes injuriarlos una vez más, cosa que a éstos los deja muy satisfechos, luego corre a ver a Cécile, accede a tomar su millón, perdona a la vizcondesa, que se retira a su hacienda, y, tras unirse en legítimo matrimonio, comienza a tener hijos, a llevar chaqueta de franela, *bonnet de coton*⁷⁴ y a pasearse por las noches con *ma biche* junto a las benéficas fuentecitas, cuyo quedo susurro, desde luego, le recuerda la estabilidad, solidez y calma de su felicidad terrenal.

A veces pasa que Gustave no es empleado, sino un huérfano perseguido y atormentado, pero con el alma imbuida

74. «Gorro de algodón», en francés en el original.

de la nobleza más inefable. De pronto resulta que no es ningún huérfano, sino hijo legítimo de Rothschild. Aparecen millones. Pero Gustave, con orgullo y desdén, los rechaza. ¿Por qué? Así lo requiere la elocuencia. Pero he aquí que irrumpe *madame* Beaupré, una banquera enamorada de él y de cuyo marido él está al servicio. Anuncia que Cécile se está muriendo de amor por él y le pide que vaya a salvarla. Gustave cae en la cuenta de que *madame* Beaupré está enamorada de él, recoge los millones y, no sin injuriar a todos con las palabras más soeces por no haber en todo el género humano una nobleza tan inefable como la de él, va a ver a Cécile y se casa con ella. La banquera se retira a su hacienda. Beaupré triunfa, puesto que su esposa, que estaba al borde de la perdición, se mantiene pura e inmaculada, mientras Gustave tiene hijos y por las noches va a pasear cerca de las benéficas fuentecitas cuyos susurros le recuerdan etc., etc.

Actualmente, la inefable nobleza se representa las más de las veces en un oficial del ejército, en un ingeniero militar o algo por el estilo, pero las más de las veces en uniforme y sin falta con la cintita de la Legión de Honor, «adquirida con su sangre». A propósito, esa cintita es horrible. Quien la lleva se ufana a tal punto de ella que con él es casi imposible encontrarse, viajar en el tren, sentarse a su lado en el teatro, verse en el restaurante. No hace más que escupir sobre uno, fanfarronear descaradamente, resoplar, sofocarse de tanto fanfarroneo, de manera que a uno le entran náuseas, se le revuelve la bilis y se ve obligado a llamar al médico. Pero a los franceses eso les gusta mucho. También es notable que ahora en el teatro se le presta una atención demasiado especial a *monsieur* Beaupré; por lo menos, mucho más que antes. Beaupré, desde luego, ha ahorrado mucho dinero y reunido muchísimos objetos. Es franco, sencillo, algo gracioso por sus hábitos burgueses y por ser marido; pero es bueno, honrado, magnánimo e inefablemente noble en ese

acto en el que debe sufrir ante la sospecha de que su *ma biche* lo engaña. Sin embargo, a pesar de todo, decide magnánimo perdonarla. Resulta, desde luego, que ella es pura como una paloma, que aquello fue sólo una travesura, que se entretuvo con Gustave, y que su *bribri*, que la abrumó con su magnanimidad, es a quien más ama en el mundo. Cécile, desde luego, no tiene un centavo, al igual que antes, pero sólo en el primer acto; después resulta que tiene un millón. Gustave es orgullosa y desdeñosamente noble, como siempre, sólo que ahora fanfarronea más por su estampa militar. Lo que más valora en la vida es su cruz adquirida con sangre y *l'épée de mon père*.⁷⁵ De esa espada de su padre habla a cada momento y por doquier sin venir al caso; uno ni siquiera comprende qué ocurre; él insulta, escupe, pero todos se inclinan ante él, y los espectadores lloran y aplauden (lloran literalmente). Desde luego, no tiene un centavo, eso es condición *sine qua non*. *Madame* Beaupré, desde luego, está enamorada de él, Cécile también, pero él no sospecha del amor de esta última. Cécile gime de amor durante los cinco actos. Por último, cae nieve o algo por el estilo. Cécile quiere arrojarse por la ventana. Pero al pie de ésta se oyen dos disparos, todos acuden corriendo; Gustave, pálido y con un brazo vendado, entra despacio en la escena. La cintita adquirida con sangre brilla sobre su levita. El difamador y seductor de Cécile ha sido castigado. Gustave olvida al fin que Cécile lo ama y que todo aquello son enredos de *madame* Beaupré. Pero *madame* Beaupré luce pálida, asustada, y Gustave cae en la cuenta de que ella lo ama. Pero se oye otra vez un disparo. Es Beaupré que se mata de desesperación. *Madame* Beaupré lanza un grito, se arroja a las puertas, pero aparece el propio Beaupré llevando una zorra muerta o algo por el estilo. Lección dada; *ma biche* jamás la olvidará. Se apretará

75. «La espada de mi padre», en francés en el original.

a su *bribri*, que todo lo perdona. Pero de pronto a Cécile le aparece un millón, y Gustave vuelve a rebelarse. No quiere casarse, se hace rogar, injuria con palabras soeces. Sin falta es preciso que Gustave injurie con palabras soeces y escupa sobre el millón, de otro modo el burgués no lo perdonaría; habría poca inefable nobleza; por favor, no vayan a pensar que el burgués se contradice. No se preocupen: el millón no esquiva a la dichosa pareja, es inevitable y al final siempre aparece en forma de recompensa por la virtud. El burgués no se traiciona. Gustave toma al final el millón, a Cécile y después empiezan las inevitables fuentecitas, los gorros de algodón, el susurro del agua y etcétera, etcétera. Así se obtiene mucho sentimentalismo, ríos de inefable nobleza, un Beaupré triunfante que abrumba a todos con sus virtudes familiares y, lo principal, lo principal, el millón, en forma de sino, en forma de ley de la naturaleza, dueño de todo honor, gloria y reverencia, etc., etc. *Bribri* y *ma biche* salen del teatro plenamente satisfechos, tranquilizados y consolados. Gustave los acompaña y, al acomodar a la *ma biche* ajena en el coche de punto, le besa a hurtadillas la manita... Todo marcha como es debido.